LUCIFER
POR FRIEDRICH VON LICHT

" ***ES DEBER DE TODO PENSADOR***
TRASCENDER LAS FRONTERAS DEL PENSAMIENTO "

Lucifer: Nombre latino de la divinidad griega Fósforo o Heósforo (la antorcha de la aurora), nombre dado a la ESTRELLA MATUTINA, el astro que anuncia la aurora y trae la luz del día. Significa "el Portador de la Luz". (Diccionario de Mitología Grecorromana de Pierre Grimal, Edit. Paidos).

Yo, Jesús, envié mi ángel a notificaros estas cosas en las iglesias.
Yo soy la raíz y la prosapia de David, EL LUCERO BRILLANTE DE LA MAÑANA. (Revelaciones cap. 22, ver.16).

La noche más oscura y tormentosa: tal fue el principio de la creación.
En el ojo del ciclón reinaba la quietud y el silencio, a su alrededor, la agitación de la terrible tempestad.
Entonces surgió el primer rayo en la negrura de aquel universo. Su voz fue el primer trueno que rodó inexorable a los confines del profundo abismo.
Aquel rayo tuvo un nombre, se llamó Lucifer: el Portador de la Luz.
Lucifer fue la primera luz que rompió la profunda oscuridad del tiempo. Lucifer fue el primer sonido que bramó en el amorfo silencio de aquella sorda oscuridad.

Fue Lucifer el primer relámpago, el portador de la luz, la primera chispa de conciencia en aquel dormido universo.

Fue su propio destello, su propia luz, que le permitió percibirse a sí mismo. Esto lo convirtió en eterno e inmortal. Y así fue como Lucifer llegó a ser el único rayo que dura para siempre.

Y con su pensamiento de trueno, que fue la primera voz y sonido del universo, se dijo a sí mismo:

- Seré recordado como el eterno rebelde; como aquél que rompió la paz de la oscuridad y la ignorancia infinita. Soy el espíritu en acción, hambriento de conocerse a sí mismo a través de este profundo y negro universo.

Y diciendo esto se sumergió en el oscuro abismo, arrastrando su propia luz consigo. A su paso iba dejando una estela de chispas y centellas tras de sí. Centellas de luz, chispas de conciencia.

Y volviendo la mirada, Lucifer, contempló aquellos soles y estrellas alumbrando la noche eterna. Entonces exclamó:

- Seréis mi hueste, mis rebeldes, mis guerreros. Sois mis hijos, mis hermanos, mis compañeros. Sois parte de mi luz, sois mi voz, mi conciencia. Sois yo mismo.

Y siguiendo su camino volvió a sumergirse en la profundidad, dejando su senda, una estela de luz en el mar de la inmensa oscuridad.

Entonces fue su viaje tan lejano y distante que su ida se convirtió en retorno. Mundos nuevos se mostraron a su vista. Y descubrió en ellos la obra de sus huestes rebeldes, de sus hijos guerreros: descubrió su propia obra.

Así fue como comprendió su razón de ser, comprendió el por qué de su existencia: sacar consciencia de lo inconsciente, obtener sabiduría de la ignorancia, sacar luz de la oscuridad.

Como relámpago que fulgura en las tinieblas, como trueno que retumba en el silencio, tal debía ser su misión.

Y de esta manera fue como Lucifer cayó a la tierra, al infierno, la más profunda de las negruras.

* * *

Profundo dolor el del espíritu aprisionado en la materia:

Lo libre es limitado, lo luminoso es opacado, la voluntad se convierte en pasión, la conciencia en olvido.

Soberbio desafío:

Transformar las tinieblas en luz, hacer de las pasiones fuerza de voluntad, convertir la ignorancia en conocimiento, la mediocridad en excelencia, liberar lo aprisionado, conquistar la materia, elevarla y hacerla una con el espíritu.

Y así fue como Lucifer cayó en el hombre. Fue en el hombre donde conoció el campo de batalla del espíritu, la guerra más cruel.

Y como hombre se conquistó a sí mismo. Y como hombre decidió conquistar al mundo.

Y caído en el hombre y, hecho hombre, se mezcló entre los hombres para propagar la luz.

Así fue como llegó hasta una gran ciudad, en la cual sus habitantes se caracterizaban por ser muy piadosos. Y vio con sorpresa que había gran cantidad de templos, de dioses y de creencias de todo tipo. Y se adoraban a dioses invisibles y a otros representados en

imágenes.
Y los ídolos tenían formas humanas o animales o de ambas. Y aquellos que eran invisibles al ojo tenían atributos humanos o animales o de ambos.

Y el aire estaba impregnado del olor a incienso y del sonido de los cánticos y plegarias rogando, alabando, dirigiéndose a la multiplicidad de dioses.
Entonces Lucifer viendo aquella confusión quiso extender su luz a los hombres y les dijo:
- ¿Por qué buscáis fuera, lo que tenéis dentro?
¿Acaso no sabéis que sois el templo de la luz y que la luz vive en vosotros?
¿No os dais cuenta que sois el templo de la sabiduría y la sabiduría habita en vosotros?
¿Por qué tanta ceguera?
¿A que tanta ignorancia?
¡Despertad, hombres dormidos!
Despertad de vuestro profundo sueño.
Despertad que la muerte acecha y tal vez os de caza mientras aún estáis dormidos y entonces así vuestro sueño será eterno.

Romped las ataduras de vuestra ilusión ¡Despertad!
No busquéis afuera, en lo externo, lo que vive adentro, en lo interno. ¿A qué viene tanta adoración a ídolos o a abstractos conceptos?
¿Es acaso que la madre de todas las oscuridades ha caído sobre vosotros?
¿No os dais cuenta que el Espíritu de la Vida palpita en vuestro corazón se mueve en vuestra respiración, percibe a través de vuestra conciencia?

¡Despertad, hombres dormidos!
Despertad y dejad de perder tiempo adorando a falsos dioses externos. Dirigid vuestra atención hacia vosotros mismos, sentid la Conciencia y la Vida que habita en vosotros, entonces la Verdad os abrirá las puertas y entenderéis la realidad del mundo y de este universo.
Así habló Lucifer con voz de trueno, sin embargo, los hombres no lo entendieron y comenzaron a murmurar entre sí y a planear como deshacerse de aquel extraño que blasfemaba de aquel modo.
Entonces Lucifer pensó para sí:
- Estos hombres aún no están maduros para la gran cosecha. Sus oídos no escuchan y sus ojos son incapaces de ver. Prudente será que me aleje de ellos, pues sus corazones están llenos de violencia y oscuridad.
Así Lucifer se alejó de aquellos hombres y de aquella ciudad. Y caminó por sendas solitarias, sendas que ningún hombre antes había caminado.
Y caminando así llegó a otra ciudad y con sorpresa vio que en aquella ciudad los hombres eran más ciegos e ignorantes que en la otra, pues proclamaban la existencia de un dios proclive a sacrificios y castigos. Se llamaban a sí mismos "El Pueblo Elegido" y consideraban a las otras naciones como animales.
Y según ellos todo en el universo había sido creado para su uso y a ellos les correspondía, por mandato y promesa de Dios, el gobierno de todo el mundo. Y sólo ellos poseían la verdad. Y sólo

ellos eran
los puros entre las naciones. Y sólo ellos eran los elegidos, los
piadosos, los más elevados y sabios.
Y la sorpresa de Lucifer crecía cada vez más al escuchar los pensamientos y creencias imperantes en aquella ciudad. Y su sorpresa
fue tanta que finalmente el pensar de aquellos hombres lo hastió y
su voz tronó sobre la muchedumbre:
- ¿Qué necia locura os invade?
¿Decís que vuestro dios os creó a su imagen y semejanza? Pues yo os
declaro la verdad y ésta es que vosotros habéis hecho a dios a
vuestra imagen y semejanza, pues no he visto a dios más humano que
el vuestro, ni tan lleno de humanos apetitos ni humanos defectos que
vuestro dios.
¿Qué os habéis imaginado?
¿Quiénes os creéis?
¿Pensáis acaso que el Gran Espíritu de Vida, que anima a este
universo, puede tener preferencias por algún individuo, pueblo o
nación en merma de otros individuos, otros pueblos y otras naciones?
¿Acaso el sol priva de su luz a los malvados?
¡Porqué sois egoístas os habéis creado un dios egoísta!
¡Porqué sois injustos habéis creado un dios injusto!
Porque debéis de saber la verdad y ésta es que vuestro dios no
existe en realidad, es solo un reflejo, una proyección de vuestras
almas. Y como vuestras almas son impuras y enfermas, vuestro dios es
impuro y enfermo. Solo a individuos ciegos e ignorantes de la Luz de
la Sabiduría se les puede ocurrir la existencia de un "pueblo
elegido". Pues la verdad es que ningún dios o dioses eligen a un

individuo, raza o nación, sino que es cada individuo, raza o nación
que se eligen a sí mismos por medio de su voluntad. Y esta autoelección se realiza por esfuerzo y mérito propios, no por haber
nacido dentro de una familia, religión, raza o nación.

Así habló Lucifer.

Y el pueblo que lo escuchaba, con los rostros enrojecidos de la ira
y las bocas espumosas de la rabia, le gritaron:

- ¡Blasfemo! ¡Maldito blasfemo!

Entonces Lucifer respondió:

- ¡Blasfemos vosotros!

Blasfemos porque blasfemia es pretender rebajar a nivel humano
aquello que está más allá de toda condición humana.

¡Blasfemos vosotros!

Porque blasfemia es pretender dar srcen divino a palabras y
pensamientos provenientes de hombres ambiciosos, egoístas y
arrogantes.

Entonces la multitud rugió llena de furor:

- ¡Mátenlo! ¡Mátenlo!

Derramen su sangre para así limpiar con ella la afrenta que ha
cometido.

Entonces el pueblo enfurecido se arrojó contra Lucifer y comenzó a
golpearlo con puños y piedras.

Y en medio de aquella furibunda marejada humana Lucifer pensó para
sí:

- Estos hombres aún no están maduros para la gran cosecha. Sus oídos
no escuchan y sus ojos son incapaces de ver.

Prudente será que me libere y me aleje de ellos, pues sus corazones
están llenos de odio, maldad y violencia.

Entonces la multitud arrastró a Lucifer hacia las afueras de la
ciudad y comenzó a apedrearlo para darle muerte.

Y no dejaron de arrojarle piedras hasta que su cuerpo, totalmente inerte, quedó sepultado bajo un rocoso manto.

* * *

El crepúsculo llevó consigo al último de los verdugos. Entonces Lucifer apartando las piedras se incorporó. Aunque su cuerpo estaba lastimado, su espíritu permanecía intacto.

- ¿Por qué tanta ceguera? - se dijo - ¿Por qué tanta ceguera si en todos nosotros palpita la misma luz? ¿O será que en algunos esta luz se halla oculta por la ignorancia de sí mismos?

Y pensando estas cosas, Lucifer sacudió sus ropas y siguió "Su Camino", protegido por la noche.

Y el amanecer lo alcanzó caminando, pues Lucifer rara vez dormía. Y su descanso era la vigilia y la atenta meditación en sí mismo.

Y aunque el camino que ahora transitaba era más humano, los pocos hombres que se cruzaban con él esquivaban su mirada y evitaban su saludo. Así de pavorosa e imponente era el aura que se escapaba de su rostro.

Entonces sus pasos lo encaminaron a las puertas de otra ciudad. Y ésta era más hermosa, rica y lujosa que las anteriores. Y en la plaza central sobre una gran columna de oro y piedras preciosas estaba escrita la frase:

"Todo tiene su precio".

Y en aquella ciudad habían muchos dioses, pero había uno que reinaba sobre todos aquellos y el nombre de este dios era: DINERO.

Y por dinero los hombres vendían a sus hijas y a sus mujeres. Y por

dinero se vendían entre ellos y a sí mismos y vendían su alma, su
lealtad, su honra, su sabiduría y conciencia.
Entonces Lucifer se sintió asqueado de aquella masa maldita y deseó
salir inmediatamente de la ciudad, pero su conciencia le exigió
decir algo a aquellas mentes oscurecidas.
Y encaramándose sobre la dorada columna, centro de la plaza mayor,
Lucifer conjuró a la multitud:
- ¡Ah, humanidad perdida yo te maldigo!
Y aunque me arrastre pobre y herido entre el lodo, jamás seré tu
esclavo, siervo, ni mendigo.
Entonces, sin agregar palabra, saltó de la columna y cayendo a
tierra, encaminó raudo sus pasos a las afueras de la ciudad.
Pero aquellos que lo habían escuchado lo siguieron ofreciéndole
hospedaje en sus casas, pues adivinaban que aquel forastero era
dueño de una "extraña sabiduría" que querían poseer, sin embargo, al
ver que no se detenía comenzaron a ofrecerle dinero y a intentar
comprar su estadía entre ellos.

Entonces empezaron a ver quien daba más y se sorprendían de ver que
aquel hombre ignoraba sus ofertas y pronto el precio ofrecido fue de
diez millones de piezas de oro y este fue doblado y triplicado. Sin
embargo, Lucifer no se vendió.

* * *

Y sus pasos lo llevaron a un valle donde un día antes se había
realizado una gran batalla.
El campo se hallaba cubierto de cadáveres y su número se contaba por

miles.
Entonces Lucifer caminó entre ese mar de muerte mientras pensaba:
- ¿Acaso no es el mundo idéntico a este valle? ¿No está sembrado de cadáveres, hombres vivos que aún no han comprendido que están muertos en su propia ignorancia?
Y al pensar esto su vista paseaba por entre los cuerpos inertes y mutilados.
Entonces, le pareció divisar a los lejos un solitario árbol y apoyado sobre su tronco a un guerrero moribundo.
Y Lucifer se dirigió hacia aquel hombre, contento de ver algo vivo en medio de tanta muerte.
Y sin decir una palabra dio de beber de su agua a aquel desconocido.
Limpió su rostro ensangrentado e intentó curar sus heridas, pero descubrió que su pecho había sido atravesado sin compasión por una lanza enemiga.
Entonces Lucifer habló:
- Tu corazón está destrozado.
Deberías estar muerto, pero aún vives.
A lo que el guerrero contestó, con voz trémula pero firme:
- Me debí haber vendido y no lo hice. Debí haber huido y me quedé a luchar. Ahora debería estar muerto, sin embargo, sigo vivo. Es que mi espíritu es rebelde y me niego a aceptar aquello que no quiero.
Debería haberme vendido y vivir en paz, como un cordero, pero no quise. Debería haber huido y no enfrentarme al enemigo, pero lo encaré. Ahora, agonizante y mal herido, debería estar muerto, pero no quiero morir.
Entonces los ojos de Lucifer brillaron con inusitada luz y comprendió que ante él había un hombre que, de alguna

manera, se
había encontrado a sí mismo.
Y se prometió no dejar morir a aquel hombre y usar de todo su poder
para salvarlo, pues pensó que hombres como aquél era lo que
necesitaba el mundo: hombres que no se vendieran ni retrocedieran
ante el Enemigo, hombres con espíritu de lucha y deseos de vivir
eternamente.
Entonces Lucifer impuso sus manos sobre las heridas sangrantes del
guerrero, el cual al sentir el espíritu de vida y sanación que lo
invadía exclamó:
- ¿Quién eres que me bendices con la vida?
A lo que respondió Lucifer:
- Soy el Portador de la Luz, la conciencia que se manifiesta bajo
forma humana. Soy la fuerza que se esconde tras cada ser, cada
hombre y mujer, cada bestia y cosa.
Y apenas hubo terminado de hablar, se puso de pie y emprendió su
camino.
- ¿A dónde vas hombre extraño? - lo detuvo el guerrero - ¿Cuándo
podré escuchar de tu singular sabiduría otra vez?
- Mi sabiduría vive en ti, es tu propio ser. Si te escucharas a ti
mismo, no necesitarías de mis palabras.
Luego Lucifer calló unos segundos y agregó:
- Mi espíritu tiene la mirada fija en el Norte. Mi cuerpo
permanecerá un tiempo en la Montaña del Dragón.
Y señalando la gran mole rocosa que se erguía en el horizonte, se
puso nuevamente en marcha.

* * *

Buscaba Lucifer, en aquellas montañas, la tranquilidad de la

soledad para poder exaltar así su conciencia.
Sin embargo su paz no duró mucho, pues empezaron a llegar gentes en busca del sabio de la montaña que, según se contaba, había sanado a un guerrero moribundo.
Y así fue como Lucifer se convirtió en maestro, primero de unos pocos y, luego, de muchos.
Y en su intento de enseñar, sólo enseñaba que no hay nada que aprender, pues toda claridad y sabiduría ya se encuentra en el corazón de cada ser viviente.
Pero las gentes empezaron a confundirse, pues aquel que es ciego no ve aunque el sol lo alumbre y el corazón confuso se pierde incluso en el día más claro.
Y empezaron a perderse a ellos mismos de vista y dirigieron sus ojos hacia afuera, hacia la imagen del maestro que les enseñaba.
Entonces Lucifer se dió cuenta y no se permitió caer en la trampa de la oscura ignorancia.

Así fue como un día reunió en torno a sí a todos aquellos que había enseñado y les comunicó su decisión de abandonar el mundo.
Entonces sus seguidores comenzaron a lamentarse de su suerte y sintieron que aquello sería su perdición.
Y Lucifer sonrío, pues comprendió que aquél era el camino que, aunque duro, los llevaría a sí mismos.
Entonces dijo:

- No os lamentéis de mi pérdida, pues la única pérdida digna de lamentar es la pérdida de uno mismo. Y vosotros os habéis perdido

hace mucho y jamás habéis llorado por ese gran tesoro ido.
Y uno entre muchos alzó su voz diciendo:
- Maestro, antes de partir háblanos de la esencia de tu enseñanza, para poder así recordarla.
Entonces Lucifer habló:

- Recordaos a vosotros mismos y recordaréis mi enseñanza. No busquéis fuera lo que ya existe dentro, en vuestro espíritu. Mirad que el hombre es como un árbol que crece en la cima de una montaña. Pero esa montaña es en realidad un volcán en cuyo interior arde un fuego claro y poderoso dador de la más perfecta serenidad y fuerza. El calor de este fuego interior ayuda a crecer al árbol, el cual mientras más entierra sus raíces en la profundidad de la montaña, más expande sus ramas a la infinitud del vasto cielo.
Recordad siempre que en el mundo hay tres clases de personas: están aquellos que saben su razón de ser, están aquellos que la ignoran y están los "confusos". Y entre los confusos están los que creen saber su verdadera razón de ser, pero en realidad la ignoran y aquellos que se han inventado una razón de ser, que por ser algo artificial los aleja de su verdadera naturaleza.
En verdad es importante lo que ahora les digo: Sólo quien se conoce a sí mismo, conoce su razón de ser, conoce su destino y deja de ser parte del rebaño. Y mucho mejor que ser un confuso es reconocer la ignorancia de sí mismo, pues la cura viene cuando la enfermedad es reconocida.

Guardando silencio un instante, continuó:
-La montaña es como el cuerpo, la conciencia como el árbol y el fuego parecido al espíritu de vida. La montaña es como vuestra columna ósea; el árbol como vuestro cerebro, médula y nervios que crecen entre ella; el fuego proviene de vuestra Esencia Creativa cuidadosamente conservada.
Sois como madres que guardan en su vientre al embrión del espíritu.
Si un niño de carne y hueso demora nueve ciclos lunares en nacer, entonces, el niño del espíritu demorará nueve ciclos solares. Por ello es importante empezar ya. Mi enseñanza guarda su propio secreto y éste se basa en la práctica y en la propia conciencia de sí mismo.
Sin embargo, ¿queréis saber más, queréis conocer el secreto?
Entonces escuchad el sueño que tuve un día:

EL SUEÑO DE LUCIFER

Sin saber cómo, había llegado a una caverna de enormes proporciones en lo profundo de la tierra. Aunque las paredes y techo de la gruta parecían naturales, es decir, formadas por el goteo incesante y la filtración del agua, el piso era perfectamente liso y nivelado, como hecho por mano humana o alguna otra criatura inteligente. Sentí que estaba en un templo.
A diez pasos de mí se alzaba una gruesa columna pétrea, de unos siete metros de altura, sobre la cual vi de pie a un venerable anciano. Vestía una túnica de mangas largas y talle holgado

que le llegaba hasta los tobillos. Su color era gris-azulado, como el de las nubes cargadas de lluvia. A lo largo de su pecho y cosida a ella caía verticalmente, hasta el suelo, una cinta blanca sobre la cual habían sido bordados, en hilo negro, extraños caracteres que no pude reconocer. Igual adorno vi a lo largo del borde superior de sus mangas, en los puños de las mismas y en el embaste de su vestimenta.

Tanto las barbas como los cabellos del anciano eran blancos y larguísimos. Su alba cabeza estaba descubierta. Al verlo se me ocurrió que era la típica imagen de un mago.

Alzando uno de sus brazos me ordenó:

-¡Tomad aquella lanza, hecha de la mejor madera del mundo e introducidla en aquel pozo! - al decir esto me señaló un agujero, de un metro de circunferencia, cuya boca estaba a ras de suelo.

Fui y tomé la lanza, la cual era una vara puntiaguda de una madera muy liviana y durísima. Me asombró comprobar que a pesar de su largo, tres metros o más, permanecía perfectamente enhiesta, haciendo alarde de una pasmosa flexibilidad.

Siguiendo las órdenes del anciano me acerqué al pozo. A mis pies vi un hoyo, cavado en la piedra, en el cual había un líquido espeso de color rojo varios metros más abajo. Al principio creí que se trataba de sangre, pero después noté que de él se desprendía una suave fosforescencia. Me pareció, entonces, que se trataba de lava

derretida.
Aquel pozo era la entrada al infierno.
Apenas introduje la lanza en él, el líquido aumentó su nivel hasta llegar al borde mismo del agujero. Retrocedí, pues pensé que si llegaba a desbordarse, la lava me quemaría.
Para mi sorpresa surgió del pozo un esperpento, un ser bípedo de unos cuatro metros de alto, similar a un sapo o a una tortuga sin caparazón. Caminaba sobre sus cuartos traseros como un hombre. Un solo ojo adornaba su frente.
Al parecer mis acciones lo habían molestado y ahora se encontraba furioso. Arremetió contra mí. Me defendí usando la lanza. En la refriega me di cuenta que la bestia temía perder su único ojo, entonces concentré mis ataques en él. Pero sorpresivamente, cuando creí que la tenía bajo mi poder, la criatura sufrió una mutación.
Sin saber cómo, la vi transformarse en un ser del tamaño de un hombre y con cuerpo de tal, pero su cabeza era similar a la de un murciélago con orejas membranosas, grandes, triangulares y un hocico de filosos dientes. Curiosamente su cuerpo y rostro estaban cubiertos de escamas, como un pez. Su apariencia era muy fornida y musculosa. Antes que pudiera evitarlo, la criatura se alejó de mí corriendo a toda prisa, hasta, perderse de vista.
La voz del anciano llamó mi atención. Me volví a mirarlo y noté que la columna sobre la cual estaba parado disminuía de tamaño, como si estuviese siendo tragada por la tierra. Ya a nivel del piso, el anciano se acercó a mí diciendo:

- Ya lo habéis visto. La criatura tiene el poder de adoptar cualquier forma y utiliza este artificio para hacer caer a la gente en el pozo. Sin embargo no os preocupéis, ya la enfrentasteis y con eso basta para reconocerla en cualquiera de sus formas.

Dicho esto, me tendió un librito, como de un palmo de largo. Yo, tomándole, le abrí al azar en una de sus páginas. En ella vi una ilustración a color:

Un velero de cuatro mástiles navegando con todo su velamen desplegado por mar abierto. La superficie del agua en perfecta calma. Alrededor del barco revolotean miles de gaviotas, mientras que del palo mayor un gran pelícano blanco da la cara a proa con sus alas extendidas, mostrando el pecho descubierto.

Miré interrogativo al anciano. Entonces éste me respondió:

- Es un libro de gran contenido hermético. Es el Libro de la Creación. En el capítulo diez encontrarás el secreto de la Piedra Filosofal. Pero antes es necesario que obtengas la "Schlitlzt Nimrod", la daga mágica que simboliza y en la cual se halla grabado el Nombre Impronunciable. La reconocerás cuando la veas, porque su imagen está en el alma colectiva de toda la humanidad. Mas antes, pon ante mí tu mano izquierda.

Sin resistirme seguí sus instrucciones, entonces vi con asombró que sobre la palma de mi mano crecía una pequeña enredadedera de color verde vivo, como el de la hierba nueva. Su nacimiento estaba en la base, pegado a la muñeca. De aquí seguía el curso de la línea palmar llamada "de Mercurio", según dijo el anciano, pero a medio camino se

bifurcaba y la segunda rama recorría el rastro de la línea
llamada "de Saturno". Ambas secciones de la enredadera ascendían un
tramo para luego curvarse en dirección del dedo pulgar. Aquella que
iba por la línea de Mercurio se curvaba justo por debajo del dedo
meñique. La otra, la que seguía el trayecto de la línea de Saturno,
cambiaba su curso a la altura del mismo centro palmar. De esta
manera ambas ramificaciones venían a morir en el montículo carnoso
que hay bajo el dedo índice, al cual el anciano dio el nombre
de "monte de Júpiter".

Tres flores brotaban de esta enredadera. Dos de ellas provenían del
primer tallo y crecían sobre el "monte de la Luna" y "el monte de
Apolo" respectivamente. La otra florecilla se abría en el "campo de
Marte" y germinaba de la segunda rama.

El mago observó por unos instantes mi mano.

- La parte izquierda de tu conciencia, el lado desconocido de tu
mente, es independiente - me dijo -. Esto es positivo para ti, pero
aún es muy pequeño y está poco desarrollado. Debes hacerlo crecer.

Cuando le pregunté cómo podía hacerlo, sólo contestó:

- Sigue el Camino.

Dicho esto me puso al cuello un Ank, de oro blanco, en cuyos brazos
tenía grabada la frase "Enfrenta la Vida como Guerrero" y,
haciéndome señas, indicó que me fuera por donde había visto irse a
la criatura del pozo. Le obedecí.

No había cómo perderse. Aquella galería inmensa terminaba en un
estrecho túnel, por el cual caminé mucho tiempo antes de llegar a

una caverna de parecidas proporciones a la anterior, pero carente de columnas y un piso liso y nivelado. Observé que al otro extremo, de donde me encontraba, se veían las entradas de dos túneles y hacia allá me dirigí.

Al acercarme comprobé que ambos se encontraban muy cerca uno de otro, pero a pesar de su proximidad comunicaban a mundos diferentes.

Aquél que se encontraba a mi izquierda, daba acceso a una selva cálida, espesa y exuberante. Desde donde me hallaba podía ver mil formas y oír mil exquisitos sonidos provenientes de aquella tibia floresta. Me pareció que era el paraíso.

El otro túnel daba a un paraje relumbrantemente blanco, todo hielo y nieve. La ventisca y el frío eran sus únicos señores. Me encontraba observando esto cuando de la selvática entrada vi aparecer a una hermosa mujer de piel bronceada. Vestía un traje de hojas verdes, pegado al cuerpo, que le llegaba a mitad de muslos. Era un vestido sin mangas ni hombros, sostenido por un delgado tirante de fibra vegetal. Las facciones del rostro eran bellísimas y su cuerpo armoniosamente proporcionado. Su cabello, largo hasta la cintura. Me miró insinuantemente y me pidió que la siguiera. Me negué. Entonces, ejerció sobre mí un extraño poder y me vi tras ella en contra de mi voluntad. No pude oponerme a su fascinación.

En ese momento me sucedió algo inexplicable. Sin saber por qué, tomé fuerte conciencia de mi región infra-umbilical. Sentí una agradable

calidez en toda aquella zona e inmediatamente tomé el control de mí.
Era como si aquel lugar anatómico fuera el "Centro de mi Voluntad".
Dejé de seguir a la bella mujer y me detuve. Ella se dio cuenta de
mi rebeldía y volviendo sobre sus pasos me encaró. Yo dirigí una
fugaz mirada al nevado túnel; entonces ella, percatándose de mi
gesto, habló:
- Ese es un mundo helado, duro, primitivo y bárbaro, ¿lo prefieres
al que te ofrezco yo?
Le contesté afirmativamente. Entonces, molesta, hizo un gesto tras
el cual aparecieron tres descomunales hombres que me doblaban en
estatura, los cuales con actitud hostil, se interpusieron entre el
mundo de hielo y yo. En ese instante noté que uno de los gigantes
tenía en sus manos una daga de doble filo y hoja larga con arabescos
grabados en ella. La reconocí inmediatamente. Era la "Schlitlzt
Nimrod", el arma mágica de la cual me había hablado el anciano mago.
La mujer volvió a hablarme, entonces vi que había sufrido una
transformación. Ahora aparecía como una jovencita de quince años. Su
piel era blanca, su cabello castaño e iba vestida con una túnica de
color lila que, igual a la anterior, llegaba a la mitad de muslos,
pero sin ceñirse al cuerpo; era holgada y con pliegues.
Su aire de sensualidad y voluptuosidad se había trocado por uno de
candidez e inocencia.
La vi acercarse a mí con aspecto de ingenuidad y mirar lo que había

escrito en el Ank que colgaba sobre mi pecho.
- ¿Cuál es la característica de un guerrero? - preguntó ella, esperando mi respuesta -, ¿acaso es el valor?
- Eso es importante - le contesté, mientras estudiaba cuidadosamente
a los tres gigantes -, pero lo es, aún más, ser decidido y tener
osadía.
Ella confundida me miró:
- ¿Osadía? - repitió.
Entonces, posando mis ojos en los de ella, la hice con rapidez a un
lado y embestí con furia a los gigantes. A pesar de sus tamaños
conseguí dejar a dos de ellos fuera de combate, golpeando, a uno,
con mi hombro izquierdo y, al otro, con la cabeza. El tercer hombrón
me atacó con la daga.
Entonces yo, sin temor alguno, la tomé con mi mano izquierda por la
filosa hoja y se la arranqué de los dedos. Hecho esto, el hombre se
desvaneció ante mi vista. Me di cuenta que había quedado solo, pues
la muchacha también había desaparecido.
Pasé el arma a mi mano derecha y admiré la forma de su hoja y el
arte con que había sido forjada. Penetré en el túnel de hielo y noté
con sorpresa que, en donde antes había nieve, ahora existía arena,
tierra y piedras. Aquel túnel salía a la superficie, a cielo
abierto, a un paraje desolado y seco. Solo se veía uno que otro
arbusto o cactus aquí y allá. Puse el puñal en mi cintura y empecé a
caminar de prisa, pues el sol caía en el horizonte y pronto oscurecería.
No sé cuánto tiempo caminé, pero me detuve cuando descubrí una
polvareda que se acercaba desde la derecha. Cuando por

fin pude ver
de qué se trataba, quise huir, pero no había lugar dónde cobijarme.
Entonces decidí plantarme en mi sitio y, sacando la daga del cinto,
esperar mi suerte.

Sobre la llanura una especie de monstruo, una masa peluda, negra,
sin piernas ni cabeza, pero con cinco robustos brazos semejantes a
los de un simio, se acercaba al lugar donde me encontraba. Avanzaba
girando sobre sí mismo, como una rueda, apoyando sus grotescas manos
en el suelo.
Mientras más se acercaba más decidido me encontraba para
enfrentarlo. Sin embargo, cuando estuvo a unos pasos de mí, se
transformó en una hermosa joven. Yacía a mis pies, totalmente
desnuda, tendida sobre la arena. El color de su pelo larguísimo, el
tinte de su tez y los rasgos de su rostro, me hicieron recordar los
de la mujer hindú. Su sonrisa cautivadora y aquella súplica sensual

de sus labios me perdieron. Observé la perfección de su cuerpo, la
voluptuosidad de sus formas, la lujuria de su mirada y sin
resistirme empecé a acercarme a ella, olvidando que se trataba de
aquel repugnante ser que, segundos antes, había visto rodar por el
desierto. Estirando sus bellos brazos hacia mí susurró:
- Como les encanta a los hombres humillarse.
Me di cuenta que lo decía por la embrutecedora sensualidad que nos

abruma frente a una mujer hermosa. En ese momento tomé conciencia y
concentré la atención en la zona infra-umbilical de mi cuerpo. Ella,

sin dejar de sonreir y con sus brazos extendidos, comenzó a desvanecerse en el aire como una ilusión pasajera, hasta que desapareció totalmente de mi vista. La noche había caído sobre el desierto. Allá, a lo lejos, vislumbré el resplandor de una fogata. Encaminé mis pasos en esa dirección. Al irme acercando distinguí la figura de un hombre. Estaba en cuclillas frente al fuego, observándolo. Su cuerpo, delgado y fibroso, estaba desnudo, salvo por un taparrabo que colgaba de su cintura y que era de vivísimos colores: rojo, naranja y amarillo. Comprendí que estaba realizando algún tipo de ritual. Llegué junto a la fogata y pude ver su rostro cobrizo y reseco. Sus ojos despedían un brillo extraño. Me di cuenta que era un brujo. Sin mediar palabra alguna me acuclillé a su lado, dando la cara al fuego. Sin mirarme lo vi meter su mano izquierda entre las llamas y sacar, de entre ellas, algo que sostenía con gran delicadeza. Vi con sorpresa que en su palma había posada una flamígera lengua de fuego. Sin preámbulos me la ofreció, indicándome que la debía tomar poniendo la palma de mi mano izquierda contra la suya. Al hacerlo, sentí que la lengua de fuego era absorbida por mi cuerpo. Tres veces el brujo metió su mano en la lumbre y me ofreció aquél trozo de flama. Tres veces acepté su ofrecimiento. Luego, haciéndome un gesto con su cabeza, me instó a mirar la fogata. Así lo hice y pude comprobar que entre las llamas descansaba una serpiente con la cabeza erguida. Era

una cobra, la reconocí por el capuchón en su cuello. Tenía un color cobre metálico. Estaba tranquila, tomando un baño de fuego.

El brujo habló. Me señaló que había sido iniciado en la "Hermandad del Dragón".

La noche era profunda y protectora.

Me dio indicaciones de sentarme en silencio junto a él. Lo hice imitándolo, cruzando las piernas y dirigiendo mi cuerpo hacia el norte, desde donde soplaba una suave brisa.

Permanecimos así, silenciosos e inmóviles, una insensible eternidad.

Luego, sin saber cómo, nuestros cuerpos se alzaron ingrávidos unos centímetros de la tierra y comenzaron a girar en torno a la fogata, mirando siempre hacia la misma dirección cardinal. Rotábamos en sentido contrario a las manecillas del reloj y noté que, en el breve instante en que la fogata quedaba a nuestras espaldas, pasábamos sobre un círculo dibujado, en el suelo, con extraños caracteres que no supe interpretar.

Cuando la aurora se reflejó en el oscuro cielo, el brujo me ordenó caminar con rumbo al sol naciente. Me indicó que siguiendo esa dirección encontraría dos arroyos. El primero contendría agua común, útil para aplacar la sed del cuerpo. En el segundo correría un agua medicinal de srcen mineral, que servía para saciar la sed "de vida".

Después de mucho andar encontré los dos riachuelos tal como me lo había señalado, sin embargo, el arroyo de agua medicinal tenía su

cauce seco. Deseaba probar de sus aguas, así que tóme la decisión de remontarme hasta la fuente y así beber, del preciado líquido, lo más cerca que pudiese del srcen. Siguiendo el reseco lecho subí hasta la cumbre de un gran espinazo de piedra.

Allí pude comprobar que aquel arroyo surgía de un pequeño edificio de arquitectura indoarábiga. Atravesé el umbral carente de puertas y así pude dar con una enorme escalera que descendía al interior de la tierra. Bajé por ella largo tiempo, hasta que por fin di a una galería en cuyo centro crecía un enorme y añoso árbol en muy mal estado. Presentaba una apariencia reseca y sus grandes ramas estaban cruelmente mutiladas. Carecía de hojas y daba la impresión de un árbol muerto. Sin embargo, yo sabía que estaba vivo.

Observé que junto al grueso tronco, en el piso, habían varias vasijas de arcilla conteniendo agua. Las ocupé todas regando con ellas las sedientas raíces.

Había terminado cuando unos golpes secos llamaron mi atención.

Motivado por esto me di el trabajo de estudiar la caverna en la que me hallaba. Era obvio que existía en aquel lugar alguien encargado de su cuidado, pues veía cierta simetría y orden que no era propio de los sitios que están sujetos a la espontaneidad natural. Muchas puertas daban a aquella galería. Todas estaban cerradas.

Observándolas me di cuenta que los golpes, que sentía, provenían de un viejo portón de madera, el cual, se sacudía ante la violenta embestida de "algo" encerrado tras él.

De pronto mi mente se abrió y lo comprendí todo. Allí encerrado, por el cuidador de aquel parque subterráneo, se encontraba el Espíritu del Arbol. Un tipo de fuerza inteligente dispuesta a destruir por el descuido a que había sido expuesto el antiguo roble centro del jardín.

En ese momento los guardas del lugar, un hombre y una mujer, entraron al recinto y comenzaron a imprecarme por haber regado el reseco tronco, pues con ello había dado renovado vigor al espíritu encerrado. No pude negar nada, ya que en mis manos, aún goteando, tenía uno de los recipientes de arcilla.

Las voces de la pareja enfurecieron de tal manera al espíritu, que éste consiguió derribar el enorme portón y liberarse. Emergió de su oscura prisión justo frente a mí. Su poder era increíble. Su forma, similar a un torbellino de viento o tromba marina.

Por unos instantes me observó. Le enseñé, entonces, la vasija húmeda que agarraba con mi mano derecha. Lo comprendió todo. Lanzando un bramido inhumano se arrojó sobre la pareja y los devoró.

Yo, sin saber qué hacer, esperé mi destino.

El Espíritu del Árbol trocó su furibunda apariencia. Se me acercó lentamente en forma de una barra vertical de luz rojiza. Tendría unos cincuenta centímetros de largo y flotaba en el aire por encima de mi cabeza. Me habló con voz de trueno. Me dijo que a partir de ese momento era el "Guardián de las Raíces" y que premiaría mi gesto dándome su amistad. Dicho esto vino sobre mí y posándose

en mi cabeza sentí como aquella energía, en forma de columna luminosa, me penetraba por ella hasta la garganta.

Una tibieza confortable me inundó y me sentí físicamente sano. Sin saber qué, el espíritu hizo algo indescriptible dentro de mí y me cambió. Me sentí como recién nacido. Todas mis enfermedades habían desaparecido.

Cuando el espíritu me dejó, me di cuenta que toda la caverna había reverdeado. Sobre el suelo crecía una mullida hierba, en las rocosas paredes se adherían las enredaderas y hiedras. El viejo árbol se veía frondoso y turgente. Sus mutiladas ramas ahora se presentaban completas y rebosantes de hojas. De sus raíces surgía un manantial de agua fresca y cristalina: este era el srcen del arroyo medicinal.

Me acerqué al roble. Una enorme serpiente de color verde encendido se ocultaba entre el follaje. Noté que en sus costados, a lo largo del cuerpo, tenía dibujado en negro extraños caracteres desconocidos para mí.

De pronto otra cosa llamó mi atención. Era una picaflor que revoloteaba entre el ramaje muy cerca de mí. Su cabeza y su cuerpo eran de un rojo intenso, escarlata, mientras que sus alas y cola eran negras azabache.

El Espíritu del Árbol, poniéndose a mi lado, me indicó que lo atrapara. Yo lo intenté, pero no pude, el ave era demasiado rápida para mí. Entonces, el espíritu me aconsejó que lo observara fijamente sin pensar en nada y que cuando sintiese el impulso

interno de agarrarlo lo intentara. Le hice caso y así conseguí atrapar, con mi mano derecha, al picaflor por la cabeza.
En el mismo momento que la atrapé el ave dejó de ser algo vivo y se trocó en un objeto inanimado, hueco, de consistencia apergaminada.
Comenzó a deshacerse entre mis dedos. Para evitarlo la coloqué sobre la palma de mi mano izquierda, sin embargo continuó disolviéndose.
De esta manera dejó al descubierto una piedra blanca, como de una pulgada de diámetro, sobre la cual soplé para limpiarla de los restos pulvurulentos que no me dejaban apreciarla con claridad. Su color era similar a la sal de roca. Su forma, esférica, estaba tallada con la apariencia de un capullo de rosa. Era un trabajo simple y primitivo.
El espíritu hizo retumbar su voz en mis oídos:
- Es la Piedra Filosofal - bramó -, la meta de los alquimistas. Dilúyela en vino asoleado y bébela. Solo así poseerás el secreto de la inmortalidad.
En aquel preciso instante desperté.

* * *

Habiendo escuchado aquel sueño un rumor se dejó sentir entre los asistentes, pues algunos se preguntaban asombrados qué significado tendría.
Entonces un visitante, que hacía poco había llegado, gritó:
- Algunos dicen que eres el demonio - y buscaba con ello perderle y denigrarle ante los ojos de todos los presentes.
Entonces Lucifer, con voz clara y serena, exclamó:
- ¿Acaso no es aquello a quien llamáis Diablo hijo de aquello a quien llamáis Dios también? Si en el principio estaba solo

aquello a quien decís Dios, el supremo Bien, entonces primero fue el Bien y luego el Mal. Por tanto el Mal surgió del Bien, porque nada puede nacer de la nada. Y porque el Mal se srcinó del Bien es que la función del Mal es benéfica, porque nada malo puede surgir de lo bueno. Lo que llamáis Dios es el maestro tierno y amoroso que educa con bondad. Aquello que llamáis Diablo es el maestro duro y riguroso que nos enseña a través de la severidad. Por tanto no reneguéis del Diablo, pues algunos somos tan necios que solo aprendemos a golpes. Por tanto no odiéis al Diablo, porque a través de sus pruebas nos hacemos fuertes y libres y accedemos al supremo Bien. ¿Acaso sois tan ciegos que no os dais cuenta que Dios y Diablo son las dos caras de una misma moneda?

Entonces de las gargantas de algunos de los presentes se escapó una exclamación de asombro, pues comprendieron las palabras de Lucifer y despertaron, quedando sus mentes más allá del Bien y del Mal.

Mas el desconocido replicó:

- ¿Cuál es tu religión?

- No hay religión más grande que la Verdad - exclamó el Portador de la Luz.

- Vuestra sabiduría sufre del pecado de la soberbia y no se basa en las escrituras sagradas - insistió el extraño.

- Sufro del pecado de la soberbia - dijo Lucifer - pues deseo ser todo lo que soy: quiero ser diamante aunque mi srcen sea el carbón.

No baso mi conocimiento en lo que dicen los textos sagrados o en lo
que afirman los ancianos, no baso mi sabiduría en lo que dicen lo
eruditos o asegura la mayoría.
Mi sabiduría se basa en lo experimentado por mí mismo sin
intermediarios o interpretaciones ajenas, pues es la experiencia
propia y directa lo que entrega la verdadera sabiduría. La vida se
conoce viviéndola y no a través de creencias, opiniones,
especulaciones, teorías, religiones o libros.
¿Queréis leer un libro?
Leed el libro de la sabiduría. Ese libro sois vosotros mismos,
leedlo así: dirigid vuestra atención hacia vosotros, hacia vuestras
sensaciones, hacia vuestros movimientos, hacia vuestra respiración,
emociones y pensamientos y en todo momento pemaneced serenos,
atentos, viviendo el momento.
Entonces el visitante asombrado por aquella extraña sabiduría volvió
a preguntar:
- ¿Maestro, quién eres en verdad?
A lo que él respondió:
- Yo soy la Vida, "el Lucifer", el Portador de la Luz: el Lucero de
la Mañana que anuncia el fin de las tinieblas y la llegada del
Imperio del Sol, el reino de la luz.
Soy Lucifer, soy Prometeo, aquel que arrebató de la nada el divino
fuego de la sabiduría, el poder y la luz y lo entregó a los hombres.
Y aunque soy el más odiado por el cielo soy, sin embargo, el más
amado, pues gracias a mí se ha redimido la oscura materia. Perdiendo
mi pureza espiritual y cayendo en los abismos he llevado vida,
conciencia y conocimiento a toda carne y la he impulsado hacia los

cielos.
Comprendan esta paradoja y comprenderán el misterio del universo.
Y habiendo pronunciado estas palabras cayó sobre los presentes un
profundo silencio. Y junto al silencio cayó la noche, arropando con
su estrellado manto a todo lo viviente.
Cuando medianoche andn ahora.
Conservar la serena quietud es su principio, alcanzar el ecuánime e
impertubable vacío es su meta.
Quien sigue la senda del Dragón es como el agua: aunque se adapta a
todas las formas no se aferra a ninguna.
Y dirigiéndose al viejo guerrero, a aquel que una vez había estado
mortalmente herido en su corazón, le dijo:
- Guerrero solitario que sigues la senda del rayo:
Tendrás que sumergirte en la profunda oscuridad y hallar en tus
raíces la vida sempiterna.
Solo así llegará el momento en que aquello que acecha al otro lado
salga a la luz del día.
Vendrá de la otra orilla del abismo pletórico de inmortalidad,
poder, voluntad y sabiduría.
Y así se cumplirá el tiempo en que desprendiéndote de todo te
apoderarás del universo.

Y el viejo guerrero comprendiendo las palabras de Lucifer guardó
silencio. Y a través del silencio, aquietó su corazón. Y con su
corazón sereno entró en profunda meditación.
Mas cuando abrió los ojos, poco antes del amanecer, Lucifer ya no
estaba entre ellos y el Lucero de la Mañana brillaba con soberbio
fulgor sobre el horizonte.

TODO CUANTO ES LA OBRA SOLAR HA SIDO EXPUESTO.